

LA FORMACIÓN DEL VÍNCULO ENTRE RAZA Y CLASE EN SALVADOR¹

*Osmundo Pinho*²

INTRODUCCIÓN

En el centro de la argumentación prevaleciente en el desarrollo de las nuevas identidades y organizaciones negras en Salvador de Bahia encontramos la asociación entre clase y raza. Algunos de los principales protagonistas del proceso son trabajadores de la nueva industria brasileña, que participaron en el nuevo diseño de la estructura de las clases, de la división del trabajo y hasta de la sociedad soteropolitana³ en los años setenta. El vínculo entre raza y clase parece ser, entonces, fundamental para entender la construcción de las nuevas identidades negras en Salvador y la formación de contra-públicos negros.

¹ Este artículo es una versión resumida y adaptada del primer capítulo de mi tesis de doctorado: *El mundo negro: socio-antropología de la reafricanización en Salvador*, defendida en marzo de 2003 en UNICAMP. Quisiera agradecer a los miembros del tribunal examinador, Lívio Sansone, Mariza Corrêa, Suely Koffes, Antonio Sérgio Guimarães y Antonio Arantes, mi asesor, por sus críticas y sugerencias. Una versión preliminar de este capítulo fue presentada y discutida en uno de los seminarios internos del Centro de Estudios Afro-Brasileiros (CEAB) de la Universidad Cândido Mendes (UCAM) en 2002; en ese sentido quisiera agradecer a los participantes del encuentro, así como a todos los colegas del CEAB.

² Antropólogo y doctor en Ciencias Sociales de la Universidade Estadual de Campinas (UNICAMP) (Brasil). Professor del Centro de Artes, Humanidades y Letras de la Universidade Federal do Recôncavo da Bahia, campus de Cachoeira.

³ Este término hace referencia a las personas nacidas en Salvador de Bahia.

En este artículo intento reconstituir el proceso de formación de ese vínculo en el aspecto histórico-concreto de las relaciones sociales que analizamos. A través del material empírico disponible intentaré, de ese modo, detectar los usos concretos de la raza, que son formas de su construcción.⁴

Por otro lado, desde un punto de vista más teórico, considero fundamental establecer un nexo teórico, que se demuestre empíricamente, entre macroestructuras y la esfera de las interacciones cotidianas y prácticas del “mundo de la vida”. En tal caso, la atención a los contextos es el procedimiento obligatorio, principalmente porque lo que llamaremos raza será fruto de esos procesos interconectados en varios niveles y no un *a priori* que se antepondría a la realidad. Por último, quiero decir que creo, como Stuart Schwartz, que el espacio determinado por las relaciones de producción (materiales y simbólicas) constituye el corazón de la vida social, en el sentido de que prefigura el orden económico en su nivel mínimo de reproducción, así como el modo social de reproducción de las formas de poder, dominación y explotación, dando el tono de las estructuras políticas y culturales generales. Siguiendo a Karl Marx, Schwartz afirma que ahí, en ese núcleo mínimo, reside el secreto íntimo de la sociedad. En las páginas siguientes espero poder esclarecer cómo estos presupuestos se aplican de modo favorable al problema que analizo.

EL NEGRO Y LA SOCIEDAD DE CLASES EN BRASIL

El desarrollo de los estudios sobre relaciones raciales en Brasil marca el momento de profesionalización e institucionalización de las ciencias sociales brasileñas. Florestan Fernandes y la llamada Escuela de Sociología Paulista, al mismo tiempo que fundan las ciencias sociales modernas inauguran también la problemática central del tema.

En esta sección seguiremos sobre todo un hilo de la argumentación de Fernandes y Otávio Ianni sobre la inserción del negro en la sociedad de clases

⁴ En ese sentido, la lectura que ofrezco aquí se basa en la actividad de investigación realizada, fundamentalmente, como un trabajo interpretativo de inspiración hermenéutica. En la práctica, ello significó que, considerando el extenso cúmulo de material empírico disponible en el campo de las ciencias sociales (sociología y antropología), creí que sería posible y deseable realizar un esfuerzo de síntesis que tratase de definir un marco interpretativo más amplio para los modos concretos de la articulación entre raza y clase, y para el papel que dicha articulación habría representado en la formación de nuevos sujetos sociales y de nuevos contextos sociológicos en el ámbito de la reafricanización cultural en Salvador. La actuación de los agentes participantes estaría, conceptualmente, en el centro de esa proposición interpretativa, pero esa actuación fue y sigue siendo estructurada socialmente, incluso por la gran serie de interpretaciones —sociológicas, etnológicas, literarias— que se acumulan históricamente y que, como veremos, se ponen de manifiesto por medio de los agentes y modelan marcos de referencia.

o, según las palabras del propio Fernandes, en el “orden social competitivo”. El punto de partida fundamental del análisis es la realidad histórica de la esclavitud, su superación como modo de producción y la transformación de la sociedad por el trabajo libre. Ese proceso es el mismo de la exclusión del negro y de la marginación de éste en el mercado laboral, de lo cual deriva su posición subalterna en la sociedad en general.

El planteamiento del problema en Florestan Fernandes es bien conocido (Fernandes, 1972a, 1972b, 1972c, 1978). La cuestión de la pobreza y exclusión de los negros era vista fundamentalmente como una cuestión de “demora cultural”; las divisiones por raza estarían destinadas a desaparecer con el desarrollo del capitalismo, que conllevaría relaciones contractuales “libres” de determinaciones de otra índole, además de las del trabajo abstracto.

Por otro lado, en sociedades como la bahiana, la división social del trabajo había logrado una adaptación secular, con una larga presencia de negros y mulatos libres trabajando en ocupaciones urbanas, del lado de la “ganancia”.⁵ En ese sentido, es importante definir la relación constitutiva entre la persistencia del pasado como un factor del atraso sociocultural en el contexto del capitalismo dependiente y periférico, y la propia estructura social. El racismo y la discriminación se acoplarían al “*ethos*” brasileño en la forma específica de ocultamiento del racismo por medio de prácticas ceremoniosas, herencia del paternalismo esclavista.

Mientras que para Fernandes la problemática de la relación entre raza y clase reside en la dificultad que la herencia esclavista produjo en el presente para la formación de clases sociales modernas en Brasil, por representar las razas un fenómeno de demora cultural y de atraso, para Otávio Ianni la asociación es de otro tipo. Para él, las razas son la forma concreta de subordinación de clase en sociedades postesclavistas como la de Brasil, y el prejuicio racial sería la forma en que se garantizarían las condiciones para la explotación capitalista en un contexto racialmente determinado (Ianni, 1966a: 42). En Ianni, el énfasis recae en la base económica, y la relación de diferentes grupos con esa base es la fuente del poder (Ianni, 1977: 72).

En ese punto de partida inicial del debate vemos destacarse algunas características: 1) ante todo, la presencia histórica de la esclavitud proyectando sus efectos sobre el presente: 2) en vista de ello, el prejuicio racial estructura fuertemente la sociedad brasileña en general y la paulista en particular. Operando en

⁵ En el periodo esclavista, algunos amos permitían que sus esclavos realizaran servicios para terceras personas o que vendiesen productos en las calles, o incluso los estimulaban en ese sentido. La “ganancia” obtenida iba a manos del amo, y sólo algunas veces una parte le correspondía al esclavo.

la esfera cultural o de las representaciones como un elemento de organización de la sociedad, el racismo y las razas componen de modo intrínseco la estructura social; en ese sentido, combatir el racismo sería transformar la sociedad.

La caracterización que hace Schwartz de la sociedad esclavista bahiana toma como punto de partida las relaciones de producción establecidas entre amos y esclavos. Las relaciones productivas se desarrollaban en ese entonces bajo la égida del trabajo forzado por la violencia, lo que implicaba la inferiorización social, la anulación política y la coacción física de un segmento mayoritario de la población, que era africano (*ewe, ijexá, bacongo*, etc.) y se convirtió en negro (Schwartz, 1995).

La distribución de los estratos étnicos en la estructura de la división del trabajo formó parte del orden racial en formación en Brasil y, como es obvio, en Salvador. La gradación entre blancos y negros, con mestizos en posiciones intermedias, daría una forma concreta y racial a la organización de la producción como modo de regular la distribución de las riquezas. No obstante, quiero hacer énfasis en la importancia del trabajo y de su organización como modo de organización política de la producción y de la subordinación, así como en el papel que desempeña en la consolidación de un orden social y de determinada imagen de ese orden social, imagen que encuentra correspondencia en la estructura ocupacional, en la división del trabajo, en los estereotipos y en la ideología. La sociedad esclavista, considerada desde el punto de vista del trabajo, no excluye, sino que en realidad presupone una incorporación racial en la estructura social. El trabajo esclavo, y/o el trabajo del negro, o sea, manual y subordinado, parece ser el punto de articulación para la producción de la sociedad como reproducción de las condiciones desiguales de participación social. Esta articulación es histórica y característica de la sociedad del Recôncavo Bahiano, y su particularidad está dada por la propia historia y por la acción de los hombres ante las circunstancias.

Definiéndose así el problema, la noción de raza aplicada a este debate debe considerarse como resultante de la inflexión histórica específica de los conceptos sobre la perspectiva sociocultural diseñada. Las razas no serán, finalmente, tomadas en ese estudio como categorías apriorísticas, sino ajustadas a contextos específicos. Así, Antonio Sérgio Guimarães hace equivaler la raza al color, para tratar de explicar cómo diferentes tipos de factores interactúan en el campo concreto para producir una subordinación en la reproducción social. En Brasil y en Bahía, las razas se disfrazan de color. Volveremos sobre esto más adelante, pero hay que señalar desde ya cómo se considera que la categoría nativa raza/color opera en un ambiente material determinado, y la categoría analítica raza se considera de un modo no racista, sino precisamente atento a los usos históricos y concretos que la noción toma, midiendo su rentabilidad heurística

por la capacidad de articular diferentes esferas de acción y de representación a partir de ese eje (Guimarães, 1999).

SALVADOR: PAISAJE EN TRANSFORMACIÓN

La ciudad de Salvador fue la capital colonial brasileña hasta 1763, cuando la sede del gobierno fue transferida a Río de Janeiro. La ciudad surgió y se desarrolló en torno a la caña de azúcar y al trabajo esclavo. Según muestra Schwartz, en el propio siglo XIX, cuando ocurrió el supuesto declive del azúcar brasileño en el mercado internacional, la economía azucarera era aún la más importante de la región. Junto a la clase de los propietarios de ingenios, los grandes comerciantes tenían la hegemonía de la situación y desempeñaban un papel fundamental en la economía (Faria, 1980: 34).

La ciudad mantuvo su vocación comercial unida a la función estratégica de puerto de salida de la producción de tabaco, azúcar y de pequeñas industrias como la de los puros (tabacos), los tejidos, etc. Además, tenía su economía propia y siguió así, aristocrática y tradicional hasta los años cincuenta cuando, como parte de la ola nacionalista, se fundó Petrobras. Veinte años después, capitales públicos y privados, locales e internacionales, se asociaron bajo el mando de Petrobras para instalar el segundo Polo Petroquímico Brasileño en Camaçari (COPEC) en 1972.

Donald Pierson describe la Bahía de los años treinta como una sociedad multirracial de clases, donde la línea del color no existía como frontera infranqueable que limitaba las oportunidades de ascenso social de negros y mestizos, siendo evidente la presencia, aunque reducida, de negros en las “esferas superiores” de la sociedad (Pierson, 1971 [1942]: 226).

Pierson afirma la no existencia de racismo en Bahía, y cree que tanto los estereotipos como la posición inferior del negro en la estructura económica se deben al legado nefasto de la esclavitud, que ya se iba disolviendo. En ese sentido, la situación de clase de un determinado individuo era lo que realmente importaba para su promoción social, mientras que el requisito del color sería secundario. Es importante comprender que, para Pierson, clase significa cualquier segmento vertical de una sociedad, en oposición a casta, o sea, que estamos aquí en terrenos weberianos (Weber, 1994; Guimarães, 1996). Pierson ve una correspondencia entre los grupos de color y las clases, que reaparece siempre y que se realiza en la ocupación espacial, en la división del trabajo, en el carnaval, etc. Sin embargo, no hace ver esa coincidencia como la reproducción social desigual,

porque no concibe a los grupos sociales en lucha —clases— como partícipes del juego de reordenación de la sociedad desde sus bases económicas.⁶

Francisco de Oliveira concibe la Bahía tradicional, retratada por Pierson, como una ciudad donde las elites vivían fastuosamente, gracias al control del comercio de exportación de algunos pocos bienes. La división del trabajo, relativamente simple, daba estabilidad a una estructura en la cual una pequeña parte vivía de las actividades económicas nobles, otra de los dividendos del Estado, y la gran mayoría subsistía en las franjas periféricas del orden económico realmente existente, “buscándose la vida”, viviendo de favores o de las sobras del capital acumulado. En la estructura social bahiana floreció la relación clientelista, el compadreo y el favor jerarquizado entre las clases o grupos de color, y la tradición señorial de origen esclavista favoreció el arraigo de esa contradicción. Toda la sociedad aparecía unida y representada por la trama de relaciones personales y jerárquicas, en una red que se extendía desde el más rico y más blanco hasta el más pobre y negro, pasando por la gradación de colores que daría sentido y legitimidad a la organización social fundamental (Oliveira, 1980, 1987).

A partir de 1955, como vimos, Petrobras pasa a invertir en Bahía, en la extracción y refinación de petróleo. El volumen salarial inyectado en la economía bahiana en ese periodo equivaldría al 38,7% de la riqueza de toda la industria interna del Estado, alcanzando en 1967 la cifra del 50%. A partir de los años sesenta, la Superintendencia de Desarrollo del Nordeste (SUDENE) con influencia ideológica desarrollista, financia el desarrollo industrial nordestino y específicamente el bahiano, a través de inversiones de carácter altamente concentrador (Azevedo, 1999 [1959]; Oliveira, 1987).

En función de estas transformaciones, la estructura productiva y el mercado laboral cambian totalmente en Salvador (Oliveira, 1987). No obstante, la gran

⁶ Con respecto a la estructura ocupacional, vale la pena recordar algunas de las observaciones de Pierson. En el cuadro “Distribución Racial en los empleos en que parecían predominar los negros, Salvador, 1936”, vemos que los negros y mulatos son mayoría entre los cargadores (maleteros), el 97% y el 3%, respectivamente. Entre las lavanderas había un 89,5% de negras y un 9,5% de mulatas. Entre los albañiles, el 82,4% de negros y el 16,8% de mulatos. Entre los estibadores el 1,6% de blancos, el 81,6% de negros y el 15,2% de mulatos. Y así sucesivamente. Como veremos, hasta el día de hoy éstas son profesiones negras o “trabajos de negros” en Salvador. En el cuadro “Distribución Racial en los empleos en que parecían predominar los blancos, Salvador, 1936”, vemos que, entre los bancarios, el 84% era blanco, el 2,4% mulato y ninguno era negro. Entre los negociantes, el 75% era blanco y el 7,5% mulato, además del 17,5% “blanqueado”, y ningún negro. Entre las bailarinas de cabaret tenemos un 67,31% de blancas, un 11,5% de mulatas y ninguna negra. Entre los abogados, el 67,1% de blancos, el 9,7% de mulatos y el 1,7% de negros. Entre los médicos, un 63% de blancos, un 20% de mulatos y el 1% de negros.

masa seguiría estando desempleada o en las franjas periféricas del nuevo orden que se instalaba. Vilmar Faria (1980) llama la atención sobre otros dos aspectos interesantes. Primero, la permanencia de grandes contingentes ocupados en el trabajo doméstico, indicando el bajo nivel de penetración de las relaciones capitalistas de trabajo. Segundo, el hecho de que la heterogeneidad estructural de las actividades productivas afectase a la sociedad local, contribuyendo a la permanencia de la pobreza. Paul Singer sigue en la misma dirección al decir que en 1971, periodo de los datos que analiza, había en Salvador un predominio del trabajo doméstico y del modo de producción simple de mercancías, “que indicaba un bajo nivel de desarrollo de las fuerzas productivas”, siendo esta la causa de la pobreza soteropolitana alimentada por: “modos de producción donde la división técnica del trabajo y, por tanto, el grado de especialización del trabajador están fuertemente limitados” (Singer, 1980: 60). Hay que señalar que Singer encontró entre las profesiones de bajos ingresos (hasta 89 cruzeiros de la época), el 32,3 % de mujeres trabajando como empleadas domésticas, nodrizas, cocineras, costureras, etc. (Singer, 1980). De modo que, como plantea Luiza Bairros:

Los servicios tradicionales tienen mayor peso relativo entre los negros (66,8%) que entre los blancos (42,2%). Y si tomamos en cuenta que la mitad de los negros en la esfera de prestación de servicios realiza labores domiciliarias, donde el empleo doméstico representa el 68,5% de la ocupación, podremos entender mejor lo que vimos inicialmente sobre la composición racial de los sectores de actividad: *la ampliación de la proporción de negros en una rama económica tiende a ocurrir reforzando su posición subordinada*. (Bairros, 1988: 299) (Destacado del autor)

Nadya Castro y Vanda Barreto (1998), junto a otros investigadores, pudieron abordar en profundidad la realidad de la desigualdad racial en el mercado laboral bahiano. En la investigación, el empleo doméstico se destacó nuevamente como el empleo racial por excelencia; sólo el 4% de los blancos trabajaba en esa ocupación, en comparación con el 12% de los negros y el 9% de los pardos ocupados. El mercado informal de trabajo (la “franja” que mencionaba Francisco de Oliveira), importantísimo en Salvador, estaría compuesto por un 48% de negros, un 40% de pardos y un 12% de blancos. Los blancos, que son el 17% de los ocupados, absorben el 54% de los puestos de nivel superior, mientras que los negros (*pretos* y pardos) que son el 83% de los ocupados, representan sólo el 46% de los ocupados en funciones de nivel superior (Barreto, 1994).

Por otro lado, la instalación del Polo Petroquímico exigió una mano de obra especializada, que en parte fue atraída desde el sur, principalmente para puestos de dirección, pero que también fomentó el desarrollo de una fuerza

de trabajo técnica local, en especial de nivel medio. Socialmente, el origen de estos trabajadores estaba en la clase media baja o en la pobreza “atenuada” y se formaron en el ambiente optimista de los años setenta, respondiendo a las demandas de la consolidación de una sociedad técnica y abierta cuya formación serviría de acceso al mundo de las clases.

La economía informal reviste una importancia extraordinaria en Salvador en este periodo. En 1971, por ejemplo, sólo el 50% de la fuerza de trabajo estaba sometida a las normas contractuales propiamente capitalistas. Esa indefinición o fluctuación de la mano de obra, que es negra o descendiente de africanos, sería un elemento básico de la dificultad para una “identificación” de clase en Salvador; autoidentificación, por un lado, e identificación de los opositores de clase, por otro. El mito de la *bahianidad*, que ya analicé desde otra perspectiva (Pinho, 1998), sería la expresión ideológica de una dificultad de identificación basada en la indeterminación del trabajo y en la herencia esclavista, diluida como reglas de decoro social, y en el “prejuicio de tener prejuicio”. La diferencia regional bahiana, basada en la mística del mestizaje, anula o borra otras diferencias particularmente significativas, enraizadas en una división del trabajo “matizada de colores” por la estructura jerárquica de las razas. El pardo, o la figura representativa del mestizaje, sería el colchón amortiguador en la estructura social de las divisiones entre blancos y negros, impidiendo que éstas se revelasen como diferencias de clase (Oliveira, 1987: 107).

Los datos disponibles para los años setenta y ochenta revelan la persistencia de índices de desigualdad y de estructuras de desigualdad estrictamente semejantes a las encontradas en el periodo anterior, sugiriendo que la industrialización y el milagro económico, a pesar de mejorar los índices generales, mantuvieron la disparidad entre blancos y negros.

Una serie de estudios ha situado la cuestión en dos niveles. Primero, investigando la composición racial del mercado de trabajo bahiano. En segundo lugar, estudiando cómo las discriminaciones de color/raza operan en la cotidianidad obrera en las industrias modernas, condicionando las oportunidades de ascenso, las relaciones interpersonales, etc. (Bairros, 1987, 1988; Barreto, 1994). Vanda Barreto toca un punto que me parece central: “existe un espacio en ese mercado —situado entre la ocupación y el desempleo—, cuyas características de trabajo difieren poco, y que es ocupado principalmente por negros” (Barreto, 1998: 67). Es decir, que muchos de los negros ocupados en Salvador tienen condiciones de trabajo tan precarias y tan “desreguladas”, que poco difieren de los desempleados, que sobreviven realizando trabajos de poca monta o cualquier cosa para ganarse la vida. El grupo social más representativo entre los desempleados es, pues, el de hombres negros, que son el 24% del total.

Por último, los negros empleados en Salvador tienen ingresos muy bajos, el 43 % está en el sector que recibe entre 1 y 2 salarios mínimos. De los negros ocupados, el 29% recibe menos del mínimo legal, y entre los desempleados esa cifra es del 61%. Estos dos grupos representan el 30% de la población negra económicamente activa (Barreto, 1998). La autora señala cuatro actividades ocupacionales que son significativas entre los negros: a) “Trabajos manuales sin calificación”, b) “Trabajos sin especificación definida”, c) “Vendedores” y d) “Albañiles”. El 55% de los desempleados y el 34% de los negros ocupados están en estas categorías en Salvador. O sea, una ubicación muy semejante a la descrita setenta años atrás.

LA FORMACIÓN DE LAS CLASES Y LAS IDENTIDADES

En esta sección pretendo explorar algunos modos de construcción de la identidad trabajadora en Salvador. La relación entre los aspectos económicos o determinantes en última instancia y las elaboraciones sociales colectivas en el plano de lo simbólico o de la cultura es un tema crucial en la discusión de la formación de las clases. Marx (1974b: 136) escribió:

En la producción social de la propia vida, los hombres establecen relaciones determinadas, necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción éstas que corresponden a una etapa determinada del desarrollo de las fuerzas productivas materiales. La totalidad de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la cual se levanta una superestructura jurídica y política y a la cual corresponden formas sociales determinadas de conciencia; el modo de producción de la vida material condiciona el proceso general de la vida social, política y espiritual. No es la conciencia de los hombres lo que determina su ser sino, por el contrario, es su ser social lo que determina su conciencia.

Esta metáfora estructural desencadenó una intensa problemática en la teoría marxista acerca de las clases, en la medida en que divide el mundo social en dos esferas que, sometidas a determinados análisis, parecen irreductibles, una más esencial y real, y otra epifenoménica o ideológica. Comprender la relación entre esta “base real” y sus representaciones de modo no mecánico, o sea, sin presuponer que podemos entender algo sobre la cultura aislándola de los contextos donde se elabora, y situando el foco de atención en lo económico como si de éste se pudiesen derivar lógicamente las formas culturales es, en ese sentido, esencial. De esta manera es posible considerar la cultura de modo autónomo, sin dejar a un lado su arraigo en la estructura material de producción social. Así, es necesario tomar en cuenta tanto los aspectos materiales de la cultura,

como los aspectos culturales de la producción material, que en lo real y en lo concreto —“síntesis de muchas determinaciones”— son inseparables.

El lugar determinado de los agentes participantes en el proceso de producción es una condición necesaria, pero no suficiente, para la determinación de las clases; los aspectos ideológicos y políticos son determinantes de manera conjunta, y deberían ser tomados en cuenta. Las clases sociales no existen fuera de las luchas y son, en una formulación famosa, “efecto de las luchas de clase”. Las luchas de clase pueden definirse, pues, como prácticas de clase. Inmersas en el contenido histórico de las luchas, las prácticas de clase, como luchas de clase, inscriben en su acción elementos del paisaje social como marcas históricas dispersas por la estructura social, reflejo de luchas hegemónicas pasadas: “La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos” (Marx, 1974a: 335). En ese enfoque, las formas hegemónicas de dominación, con su contrapartida contra-hegemónica, son parte de la estructura material y concreta de determinación de las clases. Del mismo modo, el proceso de explotación económica es el mismo proceso de subordinación política, que ocurre siempre en formas históricas determinadas. Una formación social se reproduce a sí misma de manera contingente, como efecto y contra-efecto de las luchas de clases y, en ese sentido, la lucha de clases es el motor de la historia (Poulantzas, 1978).

Parece válido el principio general —encontrado en Raymond Williams (1979), Edward Thompson (1987), Nicos Poulantzas (1979), Paul Gilroy (1993) y otros—, de que la anterioridad histórica cultural, formadora del ambiente de las identidades y de las culturas populares, entra con un peso importante en la formación de las clases y en la constitución del campo operativo de las prácticas/luchas de clase. Situándose en un terreno entre significados y estructuras, Paul Gilroy busca demostrar cómo la interacción entre agentes participantes y estructuras, mediada por la cultura, crea el espacio para la raza y los racismos (y antirracismos). Ahora bien, “el terreno del significado y de la acción es también un terreno de desarrollo histórico por medio de la lucha” (Gilroy, 1993: 17).

A partir de los años setenta, las nuevas clases obreras del Polo Petroquímico parecían ser capaces de dirigir el conjunto de los sectores “oprimidos” o populares. Las aspiraciones de la mayoría de esos trabajadores técnicos de nivel medio, provenientes de familias de la pobreza “atenuada” o de la pequeña clase media negra, se orientaban hacia el patrón de consumo y de vida de la clase media. Estas aspiraciones, proporcionadas por el valor de los salarios pagados en aquel momento, se veían frustradas.

Las investigaciones de Antonio Sérgio Guimarães, Nadya Castro y Michel Agier mostraron la complejidad de las divisiones internas y las dificultades de identificación de estos trabajadores (Agier y Guimarães, 1995; Agier, 1992,

1994, 1995; Castro, 1998; Castro y Guimarães, 1992, 1993; Guimarães, 1996, 1998, 1999). La opción, para muchos de los que escogieron el curso técnico, no se logró sin contradicciones. Sin embargo, desde el punto de vista subjetivo, la realidad de las ocupaciones técnicas modernas se convirtió en una pesadilla de opresión en el lugar de trabajo, y de frustración de los logros de la vida social común en el barrio o en la familia, como consecuencia del régimen de turno. Las diferencias entre ingenieros y peones van incluso más allá. El tipo de calificación exigida o esperada de ingenieros y peones varía también en lo referente a su carácter sociocultural, es decir, a sus marcas o *habitus* (Bourdieu, 1989) de clase inspirados en el comportamiento y en la actitud de la vida cotidiana. Ser pobre y llevar las marcas de esa socialización en un medio popular revela el carácter subordinado de los peones frente a los ingenieros. En ese sentido, el patrón de subordinación entre peones y técnicos está marcado por los signos de inferiorización y dominación históricamente presentes en el conjunto de la vida social:

Pues entonces el doctorcito (*sic*) viene de allá y dice si lo aprueba o no. Lo peor de nuestra profesión es eso ahí... Tener que esperar a que el doctorcito venga a aprobar una cosa que él no vio ni sabe por dónde va. Porque muchas veces [...] él nunca fue al campo pa' ver cómo era la cosa. Entonces llega, mira así, no le gusta y dice: "¡Ah, qué feo está! ¡Haga otra cosa!". (Agier y Guimarães, 1995: 52)

Las representaciones de inferioridad y las distinciones se presuponen, y al mismo tiempo se reproducen, en las relaciones en el espacio de la fábrica. En el corazón de la industria moderna encontramos los mismos artificios de desigualdad que operaban en contextos radicalmente diferentes, tales como los procedimientos ritualizados de subordinación racial y por tanto social, de la Bahía tradicional. El lugar de clase previamente ocupado por los agentes participantes se transfiere y se reproduce en el interior de la esfera productiva, en el mismo momento en que ese lugar debería, en principio, ser trascendido. Como plantean los autores: "La inferioridad dada ya por la posición social se reproduce en las relaciones y representaciones en el trabajo" (Agier y Guimarães, 1995: 64). Gran parte de las trayectorias individuales analizadas por Agier revela cómo modos tradicionales clientelistas operaron en la "colocación" de muchos trabajadores en el Polo y cómo, junto a eso, hay toda una ritualización de las relaciones jerárquicas.

Las diferencias raciales, como era de esperar, son muy importantes en ese campo. En esta industria petroquímica moderna, la labor profesional del negro se reduce a funciones subordinadas, en general asociadas con trabajo manual y riesgo personal. Una gran parte de los negros y mestizos se concentra en las

tareas inferiores, mientras que los trabajos de oficina, las jefaturas y los puestos de ingeniero son ocupados, en una mayoría abrumadora, por hombres blancos (Castro y Guimarães, 1993).

Paula Cristina da Silva, al estudiar las relaciones raciales en el interior de una industria metalúrgica, analiza, por un lado, la correspondencia entre términos ocupacionales, educacionales y de ingresos, y por otro, el color, el lugar de residencia, etc. En esta empresa el 75,9% de los trabajadores son negros. La autora atribuye este gran porcentaje, en comparación con la industria petroquímica, a que en la metalurgia existe un mayor número de actividades manuales o que implican riesgo, o sea, actividades típicas de trabajo negro. Así, los obreros que trabajan en la “Boca del Horno”, es decir, en el espacio de las calderas, son sobre todo negros y poco instruidos, mientras que en la oficina, en funciones de jefatura o de gerencia encontramos a los pocos blancos que hay allí. Además del riesgo y del malestar implícitos, el trabajo en la “Boca del Horno” se caracteriza por el tipo de relación autoritaria y violenta entre jefes y subordinados. También se observan las técnicas tradicionales de sumisión racial, y la manera “correcta” de evitar el prejuicio es permanecer en su debido lugar, además de no utilizar los tradicionales apodos: negrón, tiñosa, tiñosa soñolienta, Pelé, negrito flacundengo, raterito de la FEBEM, etc. (Silva, 1997: 104). Uno de los testimonios recogidos por Silva es bastante elocuente:

Aquí adentro yo soy obrero de la (***) , no quiero saber si el director es blanco, o criollo, si es amarillo o capirro... Allá afuera él puede ser rubio, capirro, amarillo o blanco, pero aquí adentro él es (***) . O es el amo o es obrero... entonces, a partir de ahí es que yo digo eso de que cualquier sector que dependa de mi servicio, yo estoy ahí para atenderlo con naturalidad. Él puede ser negro, ser blanco, aquí adentro, yo voy a servir a (***) . Allá afuera... yo voy a ver dónde es que soy bien recibido para ir, porque yo nunca puedo volver a un lugar si siento que no fui bien aceptado, yo sólo voy esa primera vez. (Silva, 1997: 126-127)

Para algunas personas situadas en determinada posición social adecuada en el momento oportuno, la identidad social centrada en el trabajo puede ser una estrategia de promoción social, que muchas veces se ve frustrada por lo antes expuesto. Se pensó que los trabajadores de la avanzada industria de procesos podrían constituir la parte más dinámica y más agresiva del proletariado bahiano, capaz de encabezar las luchas de clase por mejores condiciones de vida, por una mayor participación política, etc. Hoy, desde un punto de vista privilegiado, podemos ver que esas promesas no se cumplieron⁷ (Guimarães, 1998).

⁷ No puedo dejar de señalar que entre el momento en que este artículo fue redactado origi-

CONCLUSIÓN: PRÁCTICAS DE RAZA Y CLASE

Clase y raza parecen ser fenómenos de índole complemente diferente. Recordemos que las clases son relaciones antagónicas y no entidades discretas existentes en sí mismas; de ese modo, las clases son prácticas de clase, como efectos de la acción sobre las estructuras. Las razas, por su parte, serían construcciones históricas de fondo biologizante que dan carácter histórico a las jerarquías y las diferencias, mediante la naturalización de las desigualdades. De ese modo, las clases tienen su estatuto ontológico vinculado a la idea de trabajo como producción social. La raza tiene su estatuto ligado a la idea de cultura como foco de ontologización de las diferencias, desigualdades y jerarquías sociales. Ahora bien, ¿cómo la cultura modela o modeló el trabajo en Salvador? ¿Cuál es la forma específica de determinación histórico-cultural del trabajo por las estructuras culturales y, más importante aún, de qué manera el trabajo, como estructura interior de lo social, se realizó culturalmente? Opino que de la única forma posible, es decir, condicionado materialmente por el contexto y las tradiciones de lucha y de resistencia anteriores. Esta anterioridad puede describirse en términos raciales si consideramos la dinámica efectiva de la racialización puesta en práctica en el proceso que analizamos.

Investigaciones empíricas en varios ámbitos han demostrado que el conjunto brasileño de relaciones raciales opera mediante la adecuación al contexto local e inmediato de interacción (Sansone, 1992, 1993; Schwarcz, 1999). Sin embargo, eso no sorprende tanto si pensamos que el mundo de la vida cotidiana es siempre negociado y renegociado en contextos inmediatos de interacción cara a cara. Estas operaciones sustentan el mundo del conocimiento común, donde supongo que también aparecen las razas (Berger y Luckmann, 1976). Oracy Nogueira, al definir el prejuicio brasileño como de “marca”, o sea, basado en valoraciones fenotípicas negociadas en conjunto con otros factores del “paquete” o “*ensemble*” racial (educación, “relaciones”, etc.), ponía el dedo sobre la llaga. El sistema racial no parece, entonces, coherente, monolítico, al no ser de hecho un sistema sino un conjunto de procedimientos *ad hoc*. Todavía más cuidadosa parece ser la interpretación de Vincent Crapanzano, para quien las lógicas de clasificación, incluso las raciales, incorporan fundamentalmente, además del aspecto semántico —la división en categorías—, un aspecto pragmático —cómo se aplican las categorías (Crapanzano, 2002: 446).

nalmente, como un capítulo de mi tesis de doctorado (2002), y el momento actual (2008), han ocurrido cambios importantes. El actual gobernador del Estado de Bahía es un antiguo líder sindical del Polo Petroquímico de Camaçari y un miembro fundador del Partido de los Trabajadores, el mismo del Presidente Lula da Silva.

El carácter retórico de las prácticas de racialización y de los juegos contextuales de raza en Brasil está —como vimos en el caso bahiano— lleno de exigencias de poder, a pesar y además de ser contextual. Es decir, que la contextualidad de estas prácticas no significa que estemos operando en un ambiente donde las razas no tienen prevalencia.

Un comentario de Otávio Ianni en uno de sus artículos, arroja luz sobre el problema. En su opinión, el negro puede volverse blanco al igual que el indio civilizado, aunque seguirán existiendo siempre como categorías, negros y blancos, al igual que “salvajes” y civilizados (Ianni, 1966b). El principio de categorización opera “por encima” de los individuos que no estarían sujetos a las célebres categorías raciales. Al mismo tiempo, siempre existe el riesgo de que alguien se equivoque al clasificar a otro. “Deslizar” racialmente hacia categorías inferiores, de acuerdo con la calidad y las circunstancias de la interacción es, pues, una posibilidad siempre presente en este campo retórico. De ese modo, es el aspecto pragmático, o sea, el uso de las categorías, lo que pone en acción la maquinaria del poder, de la exclusión y de la violencia, y no la existencia *per se* de las categorías, las cuales permanecen en sí difusas, oteando cada evento social determinado. El carácter contextual de las modalidades de racialización resalta así la existencia ilegítima de las categorías raciales como instrumentos de subordinación, así como la virtualidad siempre reproducida de su uso pragmático como operadoras de poder, manteniendo a los agentes participantes en un permanente juego que es propiamente racial. La contextualidad “policromática” del mestizaje brasileño aparece de ese modo como un complejo y perverso juego retórico-pragmático de subordinación y violencia.

Las prácticas raciales son, por último, el territorio de la acción sobre un terreno minado por las “generaciones muertas”. No es necesario presuponer, por tanto, una centralidad indiferenciada para la categoría raza en los análisis sociológicos en Brasil sino, como plantea Sérgio Costa, considerar cómo “los agentes sociales decodifican las estructuras y construyen significados que orienten sus comportamientos y opciones” (Costa, 2002: 50). En verdad, más que eso, tal vez sea importante comprender cómo agentes racializados transforman esas estructuras raciales al interpretarlas mediante la acción, a través de lo que podríamos llamar luchas por la clasificación. Estas luchas están marcadas por el “trabajo de representación” en el cual se disputa el juego político de las luchas por la hegemonía (Bourdieu, 1972, 1974).

En ese sentido, las luchas por la clasificación racial, reproducidas en el mundo de las interacciones cara a cara, son portadoras de las relaciones de fuerza que las constituyen, tal como vimos en el caso de Salvador. La eficacia simbólica de la racialización parece ser posible en el contexto bahiano sólo mediante el encubrimiento de su carácter productor de la exclusión, ya que ese principio

(de exclusión) es sustituido por el seudoconcepto del mestizaje. Así, es posible un racismo sin sujeto (los racistas) y sin objeto (los negros), porque la indiferenciación reside en el corazón de la vida social. Vuelvo a Francisco de Oliveira (1987: 112): “El mestizaje, denominado por Gilberto Freyre ‘*miscigenação*’, se realiza por medio de una indefinición social que tiene como raíz la inserción en la matriz de la división social del trabajo”.

De ese modo, los descendientes de africanos, racializados en todos los aspectos, habitantes de un mundo racial poblado por categorías insistentemente raciales o seudorraciales, no pueden crear para sí mismos una identidad política autónoma y de masas. Como tampoco pueden olvidar nunca su lugar racial en la estructura social, precisamente porque ocupan en la estructura de las clases un lugar que es al mismo tiempo material y simbólico, aprisionado por la indiferenciación, al haber subsistido durante más de un siglo en los sectores subalternos de la estructura ocupacional y haber sido coaccionados, aunque a veces suavemente, por la retórica del mestizaje, que nunca impidió la vigencia de las prácticas raciales, retóricas y pragmáticas, pero no por ello menos eficaces en producir sus resultados, su anulación política, subalternización cultural y expropiación económica.

BIBLIOGRAFÍA

- Agier, Michel (1992). “Novos status e outros novos negros: questões de identidade entre trabalhadores baianos”, en *Série Toques, N° 1*. Salvador: Universidade Federal da Bahia (UFBA), Centro de Recursos Humanos (CRH).
- _____ (1994). “Classe ou raça? socialização, trabalho e identidades opcionais”, en *Análise y Dados. O Negro*, Vol. 3, N° 4, marzo.
- _____ (1995). “Mobilidades: algumas formas recentes de diferenciação social”, en Antonio Sérgio Alfredo Guimarães, Michel Agier y Nadya A. Castro (orgs.), *Imagens e Identidades do Trabalho*. São Paulo: Hucitec e Institut Français de Recherche Scientifique pour le Développement en Coopération (ORSTOM).
- Agier, Michel y Antonio Sérgio Alfredo Guimarães (1995). “Técnicos e peões: a identidade ambígua”, en Antonio Sérgio Alfredo Guimarães, Michel Agier y Nadya A. Castro (orgs.), *Imagens e Identidades do Trabalho*. São Paulo: Hucitec y ORSTOM.
- Azevedo, Thales (1999) [1959]. “Imagens e estereótipos raciais e nacionais”, en *Ensaios de Antropologia Social*. Salvador: Universidade da Bahia.
- Bairros, Luiza (1987). “Pecados no ‘Paraíso racial’: O negro na força de trabalho da Bahia, 1950-1980”. Disertación de Maestría en Ciencias Sociales. Salvador: Universidade da Bahia.

- _____ (1988). “Pecados no ‘Paraíso racial’: O negro na força de trabalho da Bahia, 1950-1980”, en João José Reis (org.), *Escravidão e Invenção da Liberdade: Estudos sobre o negro no Brasil*. São Paulo: Brasiliense.
- Barreto, Vanda Sá (1994). “Novos padrões tecnológicos: desigualdades raciais e novas exclusões”, en *Análise y Dados. O Negro*, Vol. 3, N° 4, marzo.
- _____ (1998). “Entre o trabalho precário e o desemprego”, en Nadya A. Castro y Vanda Sá Barreto (orgs.), *Trabalho e desigualdades raciais: negros e brancos no mercado de trabalho em Salvador*. São Paulo: Annablume y A Cor da Bahia.
- Berger, Peter y Thomas Luckmann (1976). “Os fundamentos do conhecimento na vida cotidiana”, en *A construção social da realidade*. Petrópolis: Vozes.
- Bourdieu, Pierre (1972). “Esquisse d’une Théorie de la Pratique”, en *Esquisse d’une Théorie de la Pratique, précédé de trois études d’ethnologie kabyle*. Genève: Droz.
- _____ (1974). “Condição de classe e posição de classe”, en Neuma Aguiar (org.), *Hierarquias em classes*. Rio de Janeiro: Zahar.
- _____ (1989). “A gênese do conceito de *Habitus* e de Campo”, en *O poder simbólico*. Rio de Janeiro/Lisboa: Difel.
- Castro, Nadya A. (1998). “Trabalho e desigualdades raciais: hipóteses desafiantes e realidades por interpretar”, en Nadya A. Castro y Vanda Sá Barreto (orgs.), *Trabalho e desigualdades raciais: negros e brancos no mercado de trabalho em Salvador*. São Paulo: Annablume y A Cor da Bahia.
- Castro, Nadya A. y Antonio Sérgio Alfredo Guimarães (1992). “Les ouvriers de La décennie perdue: réflexions sur le travail industriel et les identités de classe à Bahia, Brésil”, en *Cahiers de Sciences Humaines*, Vol. 28, N° 3.
- _____ (1993). “Desigualdades raciais no mercado e nos locais de trabalho”, en *Estudos Afro-Asiáticos*, N° 24, septiembre.
- Castro, Nadya A. y Vanda Sá Barreto (orgs.) (1998). *Trabalho e desigualdades raciais: negros e brancos no mercado de trabalho em Salvador*. São Paulo: Annablume y A Cor da Bahia.
- Costa, Sérgio (2002). “A construção sociológica da raça no Brasil”, en *Estudos Afro-Asiáticos*, Año 24, N° 1 (especial), enero-abril.
- Crapanzano, Vincent (2002). “Estilos de interpretação e retórica de categorias sociais”, en Yvonne Maggie y Claudia B. Rezende (orgs.), *Raça como retórica: a construção da diferença*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.
- Faria, Vilmar (1980). “Divisão inter-regional do trabalho e pobreza urbana: o caso de Salvador”, en Guaraci A. de Souza y Vilmar Faria (orgs.), *Bahia de todos os pobres*. Petrópolis: Vozes y Centro Brasileiro de Análise e Planejamento (CEBRAP).

- Fernandes, Florestan (1972a). “Mobilidade racial e relações raciais: o drama do negro e do mulato em uma sociedade em mudança”, en *O negro no mundo dos brancos*. São Paulo: Difusão Européia do Livro.
- _____ (1972b). “Além da pobreza: o negro e o mulato no Brasil”, en *O negro no mundo dos brancos*. São Paulo: Difusão Européia do Livro.
- _____ (1972c). “A persistência do passado”, en *O negro no mundo dos brancos*. São Paulo: Difusão Européia do Livro.
- _____ (1978). *A integração do negro na sociedade de classes, Vol. 1*. São Paulo: Ática.
- Gilroy, Paul (1993). “‘Race’, Class and Agency”, en *There Ain’t No Black in The Union Jack*. Chicago: University of Chicago Press.
- Guimarães, Antonio Sérgio Alfredo (1987). “Estrutura e formação das classes sociais na Bahia”, en *Novos Estudos*, N° 18, septiembre.
- _____ (1993). “Operários e mobilidade social na Bahia: análise de uma trajetória individual”, en *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, N° 22, junio.
- _____ (1996). “Cor, Classes e *Status* nos Estudos de Pierson, Azevedo e Harris na Bahia: 1940-1960”, en Marcos Chor Maio y Ricardo V. Santos (orgs.), *Raça, ciência e sociedade*. Rio de Janeiro: Fiocruz y Centro Cultural Banco do Brasil.
- _____ (1998). *Um sonho de classe: Trabalhadores e formação de classe na Bahia dos anos 80*. Postgrado en Sociología. São Paulo: Hucitec y Universidade de São Paulo (USP).
- _____ (1999). “Classes sociais”, en Sérgio Miceli (org.), *O que ler na Ciência Social Brasileira (1970-1995)*. São Paulo: Sumaré, Associação Nacional de Pós-Graduação e Pesquisa em Ciências Sociais (ANPOCS) y Coordenação de Aperfeiçoamento de Pessoal de Nível Superior (CAPES).
- Guimarães, Antonio Sérgio Alfredo y Michel Agier (1990). “Identidades em conflito: técnicos e peões na Petroquímica Baiana”, en *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, N° 13, junio.
- Ianni, Otávio (1966a). “Raça e classe”, en *Raças e classes sociais no Brasil*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.
- _____ (1966b). “Capitalismo e escravidão”, en *Raças e classes sociais no Brasil*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.
- _____ (1977). “Organización social y alienación”, en Manuel Moreno Fraginals (org.), *África en América Latina*. Ciudad de México: Siglo XXI.
- Marx, Karl (1974a). “O 18 Brumário de Luís Bonaparte”, en *Marx. Os Pensadores*. São Paulo: Abril Cultural.
- _____ (1974b). “Para a Crítica da Economia Política”, en *Marx. Os Pensadores*. São Paulo: Abril Cultural.

- Nogueira, Oracy (1985) [1954]. “Preconceito racial de marca e preconceito racial de origem (sugestão de um quadro de referência para a interpretação do material sobre relações raciais no Brasil)”, em *Tanto preto, quanto branco: estudos de relações raciais no Brasil*. São Paulo: T.A. Queiroz.
- Oliveira, Francisco de (1980). “Salvador: Os Exilados da Opulência (expansão capitalista numa metrópole pobre)”, em Guaraci A. de Souza y Vilmar Faria (orgs.), *Bahia de todos os pobres*. Petrópolis: Vozes y CEBRAP.
- _____ (1987). *O Elo Perdido: Classe e identidade de classe*. São Paulo: Brasiliense.
- Pierson, Donald (1971) [1942]. *Branco e pretos na Bahia*. São Paulo: Companhia Editora Nacional.
- Pinho, Osmundo (1998). “A Bahia no fundamental: notas para uma interpretação do Discurso Ideológico da Baianidade”, em *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, Vol. 13, N° 36.
- Poulantzas, Nicos (1978). “Introduction: Social Classes and their Extended Reproduction”, em *Classes in Contemporary Capitalism*. London: Verso.
- _____ (1979). “Política y clases sociales”, em *Poder político y clases sociales en el Estado Capitalista*. México: Siglo XXI.
- Sansone, Livio (1992). “Cor, classe e modernidade em duas áreas da Bahia. Algumas primeiras impressões”, em *Estudos Afro-Asiáticos*, N° 23.
- _____ (1993). “Pai preto, filho negro, cor e diferença geracional”, em *Estudos Afro-Asiáticos*, N° 25.
- Schwarcz, Lília M. (1999). “Questão racial e etnicidade”, em Sérgio Miceli (org.), *O que ler na Ciência Social Brasileira (1970-1995)*. São Paulo: Sumaré y ANPOCS.
- Schwartz, Stuart B. (1995). *Segredos internos: Engenhos e escravos na sociedade colonial*. São Paulo: Companhia das Letras.
- Silva, Paula Cristina da (1997). *Negros à luz dos fornos: representações do trabalho e da cor entre metalúrgicos baianos*. São Paulo: Dynamis.
- Singer, Paul (1980). “A economia urbana de um ponto de vista estrutural: o caso de Salvador”, Guaraci A. de Souza y Vilmar Faria (orgs.), *Bahia de todos os pobres*. Petrópolis: Vozes y CEBRAP.
- Thompson, Edward P. (1987). *A Formação da Classe Operária Inglesa Vol. 1: A Árvore da Liberdade*. Paz e Terra: Rio de Janeiro.
- Weber, Max (1994). “Estamentos e classes”, em *Economia e Sociedade*, Vol. 1. Brasília: Universidade de Brasília (UNB).
- Williams, Raymond (1979). *Marxismo e literatura*. Rio de Janeiro: Zahar.